

Hernández Arregui y la formación de una nueva izquierda argentina (1960-1970): claves para su interpretación teórica

Ernesto Roland

choloroland@gmail.com

Licenciatura en Historia. Director de TFL: Lic. Rubén Caro. Codirectora: Dra. Silvia Morón
Recibido: 31/05/17 / Aceptado: 31/08/17

Resumen

Hernández Arregui (1913–1974) es uno de los principales exponentes del nacionalismo popular de los años sesenta-setenta. Su caso se distingue por su adhesión expresa al peronismo y al marxismo. En este artículo analizamos su interpretación del marxismo y de la realidad argentina de la época. Para ello consideraremos dos referencias intelectuales claves. Por un lado, el filósofo Rodolfo Mondolfo (1877–1916), en quien Hernández Arregui dice encontrar una fuente teórica. Por el otro, los referentes de la izquierda nacional, una corriente ideológica y política cercana al autor. El análisis de las principales categorías del discurso de Hernández Arregui permitirá comprender el modo en el que mixtura nacionalismo popular y marxismo. A su vez, la comparación entre su perspectiva y la de la izquierda nacional, permite caracterizar a Hernández Arregui como ideólogo de la izquierda peronista.

Palabras clave: marxismo, nacionalismo popular, años sesenta-setenta

1. Introducción

El llamado “pensamiento nacional” ocupa un lugar relevante en el debate intelectual, político y académico de los últimos años. De allí que la obra de Juan José Hernández Arregui haya sido re-editada, dando lugar a un nuevo marco de estudios y debates. Se cuenta de una prolífica divulgación del pensamiento de Hernández Arregui y de autores afines, como Arturo Jauretche y Jorge Abelardo Ramos (Galasso, 2010; Pedano, 2013; Pedranzini, 2015). También se dispone de un amplio espectro de investigaciones de historia social, económica, política, historiográfica e intelectual sobre los años sesenta-

setenta en la Argentina, el período en el que se ubica la intervención de Hernández Arregui. Muchos de estos trabajos tocan solo tangencialmente a nuestro autor. Sin embargo, permiten comprender la realidad política e intelectual de la época. De allí que partamos de una reconstrucción del escenario político e intelectual en el que se desenvuelve nuestro autor. Sobre esa base, buscaremos realizar un aporte en relación a dos cuestiones en rededor de Hernández Arregui, han sido descuidados. El estudio de estos problemas brindará una comprensión más rigurosa de su pensamiento y permitirá efectuar una caracterización más precisa de Hernández Arregui en el mapa

político-ideológico de los años sesenta-setenta.

Por un lado, buscamos aportar claves teóricas de interpretación de las principales categorías que estructuran el discurso de Hernández Arregui. Se sabe que nuestro autor se vincula con el filósofo italiano radicado en la Argentina, Rodolfo Mondolfo, hacia la década del cuarenta, en el Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de Córdoba. Los trabajos de divulgación sobre el pensamiento de Hernández Arregui hacen hincapié en esta relación, sugiriendo cierta filiación entre el marxismo de ambos autores. Como veremos, esta cercanía resulta problemática. A partir de un trabajo analítico y comparativo entre ambos "usos" del marxismo, se buscará poner en discusión dicha relación.

Por otro lado, realizaremos una comparación de la perspectiva sobre el peronismo y sobre el proyecto de nueva izquierda de los referentes de la llamada izquierda nacional (Ramos y Spilimbergo), con la perspectiva de Hernández Arregui. Ello permitirá justificar la ubicación Hernández Arregui como ideólogo de la izquierda peronista, desestimando la categoría de izquierda nacional "en sentido amplio". Bajo esta rúbrica buena parte de la divulgación referida suele ubicar tanto a autores peronistas como no peronistas, en el mismo enclave político-ideológico. En torno a la interpretación del peronismo y de la realidad política de los

años sesenta-setenta, se podrá apreciar que la izquierda nacional no compartía aspectos sustantivos de la perspectiva de Hernández Arregui y se podrá comprender mejor ambas perspectivas.

2. Desarrollo

2. a. Ubicación de Hernández Arregui en los años sesenta-setenta

Los ensayos de Hernández Arregui buscan gravitar en la lucha político-ideológica de la Argentina posterior a los dos primeros gobiernos peronistas. El *corpus* de esta investigación se ubica en los años "sesenta-setenta". Esta categoría delimita como período específico en materia de historia intelectual a las décadas de los sesenta y de los setenta del siglo XX argentino; al decir de Claudia Gilman, estos años presentan su propio "espesor histórico", ya que estamos ante una "entidad temporal y conceptual por derecho propio" (Gilman, 2003: 36). La periodización propuesta tiene como referencia originaria a las investigaciones de Silvia Sigal y Oscar Terán, donde los años sesentas "comienzan" con el golpe de Estado de Septiembre de 1955 (Sigal, 1991; Terán, [1991] 2013). Puede afirmarse que la interpretación del peronismo se torna central en el debate intelectual de la época (Altamirano, 2007; Sarlo, 2007). Esta cuestión

adopta coordenadas específicas en el campo de las izquierdas.

Bajo la autodenominada “revolución libertadora” se desarrolla una extendida polémica entre políticos e intelectuales alrededor del “hecho peronista”, según la oportuna expresión del nacionalista conservador Mario Amadeo (Amadeo, 1956: 91). Ello se explica en gran parte por el devenir político. Una vez derrocado Perón e instalado en el gobierno el general nacionalista conservador Eduardo Lonardi, las divergencias no tardaron en expresarse en el heterogéneo mapa de sectores que apoyaron a la “revolución liberadora”. Según María Estela Spinelli, la división de las fuerzas que tenían por único consenso la necesidad de “desperonizar” a la Argentina, arrojó tres grandes sectores (Spinelli, 2005). Por un lado, el “antiperonismo tolerante”, que tendía a separar al peronismo de la figura Perón, bregando por una “integración” de las bases peronistas al régimen político. Por otro lado, el “antiperonismo optimista”, que esperaba una desintegración fácil y rápida del peronismo. Por último, el “antiperonismo radicalizado”, que tendía a ubicar al peronismo en un lugar sino “demoníaco” al menos equiparable a los fascismos europeos, por lo que impulsaba su erradicación. En este marco, en el gobierno dictatorial predomina el antiperonismo radicalizado, una vez desplazado Lonardi y

asumida la presidencia por el general Eugenio Pedro Aramburu. El nuevo presidente *de facto* impulsa la proscripción del peronismo y la represión social y política de los sectores identificados con esta fuerza. El decreto-ley 4161, sancionado en Marzo de 1956, llevaba la proscripción hasta límites extremos, prohibiendo el uso de lenguaje y símbolos identificados con el peronismo (Baschetti, 2012). Esta política represiva fue desplegada tanto en el ámbito laboral y gremial como en el estrictamente político, y fue acompañada de un viraje en la política económica que afectó fuertemente el ingreso de los asalariados (Basualdo, 2010).

Sin embargo, la dinámica represiva no obtuvo los resultados buscados por el antiperonismo radicalizado. Como puso de relieve Daniel James, en los trabajadores se desarrolla una nueva experiencia de clase, internalizada en su cultura política como “la resistencia peronista” (James, 2013). Desde la “revolución libertadora” hasta la dictadura cívico-militar impuesta en Marzo de 1976, el peronismo atraviesa distintas estaciones -tanto en la esfera laboral y sindical como en la política- siendo una constante de la escena social y política del país. La incapacidad del régimen político de integrar a la fuerza mayoritaria y, por ende, de garantizar gobiernos constitucionales y democráticos, derivó en su marcada falta de legitimidad (Cavarozzi, 1997;

O'Donnell 1972; 1982). Desde allí se explica el largo ciclo de movilización popular y contestación política que recorre los años sesenta-setenta y que atraviesa su mayor profundidad a partir del "Cordobazo", ocurrido en Mayo de 1969 (Gordillo, 1999). Tanto los trabajadores, como significativas franjas de las clases medias, desplegaron prácticas gremiales, políticas y culturas de carácter contestatario. En este marco emergen nuevas formaciones de izquierda, tendencia que se relaciona estrechamente con la praxis de los intelectuales (Tortti, 2009; Tortti-Chama-Celentano, 2014; Galasso, 2007; Hilb-Lutzky, 1984).

En el marco descrito, el partido socialista y el partido comunista, los dos corrientes más relevantes de la izquierda argentina, sufren repetidas fracturas y pierden gravitación en el mapa sindical, estudiantil y político partidario, pero fundamentalmente pierden legitimidad en el plano de las ideas. Ello se relaciona con la proliferación de intervenciones -libros, publicaciones de diverso carácter, intervenciones públicas, etcétera- de tono abiertamente polémico con el comunismo y el socialismo (Carlos Altamirano, 2013: 61-97). Resulta representativo de esta tendencia, una recopilación de reportajes a referentes de izquierda titulado *Las izquierdas en el proceso político argentino*. El libro fue gestionado por Carlos Strasser, un ensayista y militante político

volcado hacia el fenómeno en cuestión. En el ensayo introductorio se pone en discusión la identidad de la izquierda argentina. En palabras de Strasser:

"A las izquierdas populares y revolucionarias y nacionales les está asignado un papel extraordinario para el futuro. A las otras también, a poco que varíen su conducta y revisen su trayectoria, pues que intención progresista no dejan de tener. Lo que no puede ignorar -y en ello consiste la autocrítica, que no en la justificación de volteretas- es que cargan en sus espaldas con un tremendo "debe" histórico, alimentado de especulaciones planetarias y de errores estratégicos aplastantes, tan perfectamente vistos o intuitos por las clases populares argentinas, que no han ingresado su peso específico a ninguna de ellas, por la muy sencilla razón de que tales izquierdas no fueron izquierdas." (Strasser, 1959: 12).

Como observa Carlos Altamirano, la expresión "izquierda tradicional" -en alusión al socialismo y al comunismo- comenzó a ser utilizada profusamente para señalar las "claudicaciones" o "incomprensiones" de estas corrientes (Altamirano, 2013: 67-69). Una parte sustantiva de esta crítica es ocupada por militantes políticos y ensayistas hasta el momento marginales, que comienzan a reivindicar, desde distintos ángulos, al peronismo. Para estos autores, la clave central para definir la

identidad de la izquierda argentina pasó por interpretar al peronismo. En relación a ello, resulta sugerente la observación de Horacio Tarcus, quien destaca la fuerte gravitación de que tuvo la "cultura populista" –ya desde los años cuarenta- en el campo de las izquierdas (Tarcus, 1996: 17-20). Buena parte de los originales desarrollos del marxismo argentino de los años sesenta-setenta, se entreveran a dicha cultura política. De allí que un núcleo de temáticas distintivas del nacionalismo popular empiecen a ser conceptualizadas en clave marxista. Esta articulación entre marxismo y nacionalismo popular fue, en rigor, un proyecto teórico-político impulsado por una parte significativa de estos nuevos referentes de izquierda. Ensayistas como Hernández Arregui recuperaron tópicos anteriormente trabajados por el nacionalismo popular; a saber: la distinción entre un nacionalismo reaccionario de los países opresores y un nacionalismo progresivo de los países oprimidos, la centralidad del imperialismo en la realidad nacional, la crítica del nacionalismo conservador y de la izquierda tradicional, la llamada teoría de los dos ejércitos, la reivindicación del federalismo, el yrigoyenismo y el peronismo, la participación en el revisionismo histórico de izquierda, la crítica de las élites "oligárquicas" y la "intelligentzia" y de la tradición liberal, la importancia del "caudillismo" en la política vernácula, la

necesidad de una epistemología centrada en la realidad nacional, la valoración positiva de las tradiciones culturales y políticas nativas, entre otros. Pero el acercamiento a este conjunto de temas se hacía bajo la estela del marxismo y ello era teóricamente coherente, ya que se le asignaba primacía a la llamada cuestión nacional en la realidad argentina.¹ Bajo las coordenadas señaladas, conviene delimitar dos corrientes teórico-políticas.

Por una parte, debemos considerar a la llamada izquierda nacional, sus representantes más destacados son Jorge Abelardo Ramos (1921-1994) y Jorge Enea Spilimbergo (1928-2004). Esta corriente se constituye a partir de grupos de extracción trotskista que apoyan al peronismo desde su exterioridad, en momentos de su gestación (Galasso, 1983; Acha, 2009). Junto a otras vertientes del trotskismo y a disidentes del Partido Socialista encabezados por el tradicional dirigente Enrique Dickmann, formaron un primer intento de organización de izquierda confluyente con el peronismo, de vida efímera, el Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN). El PSRN nace hacia 1953 y es disuelto por la "revolución libertadora". Hacia 1962 la izquierda nacional realiza otra experiencia organizativa en el Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN), y sobre este se gestará el Frente de Izquierda Popular (FIP), en 1971. Jorge Abelardo Ramos publicará uno de

los textos más influyentes en los años sesenta-setenta, *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina* ([1957] 1970). Tanto este, como *Historia de La Nación Latinoamericana* (1968), constituyen sus ensayos más relevantes. En tanto de Spilimbergo se destacan *Juan B. Justo o el socialismo cipayo* (1960), *Clase Obrera y Poder* ([1964] 2010) y *La Cuestión Nacional en Marx* (1968). La izquierda nacional se reconoce parte del movimiento nacional conducido por el peronismo, sin homologar ambos términos. El peronismo resultaba ser la fuerza mayoritaria y conductora del movimiento nacional, pero no su único componente. Su perspectiva organizativa consistía en la creación de un partido de matriz vanguardista-leninista, que “golpee” junto al peronismo pero “marche” separado de este. La izquierda nacional en la visión de Ramos-Spilimbergo, en el contexto sesenta-setenta, se comprendía a sí misma como el proyecto de representación obrera partidaria al interior del movimiento nacional y se proponía disputar su conducción con el peronismo.

Por otro lado, se encuentra el peronismo de izquierda. En esta tradición político-ideológica ubicamos a Hernández Arregui. Como señala Omar Acha, el peronismo de izquierda es un emergente de los dieciocho años de proscripción e ilegalidad del peronismo, ya que nace como una “respuesta subversiva” al desplazamiento del peronismo del poder

estatal (Acha, 2009: 301-309). Su conformación social puede definirse como obrera y de clases medias; no obstante, su mayor dinamismo radica la franja juvenil de las clases medias. Es allí, por otra parte, donde la identificación de izquierda es más pronunciada. Si bien al interior del peronismo la dicotomía izquierda-derecha antecede a 1955, puede afirmarse que el despliegue de la izquierda peronista en los años sesenta-setenta acrecienta esta tensión y la lleva hasta límites incompatibles con el ordenamiento de su propia fuerza política. La izquierda peronista comparte con la derecha peronista su identificación con el liderazgo de Perón y circunscribe su perspectiva política al orden simbólico-imaginario cuyo vértice es Perón. Todo intento de radicalizar la base obrera del peronismo e introducir divisas socialistas en el peronismo, debe ceñirse a la autorización –sincera o falseada- del líder del peronismo. Por fuera de la voz de Perón, la izquierda peronista no se encuentra autorizada a impulsar una política de masas propia. En caso de hacerlo –insistimos- pone en riesgo la propia viabilidad de la fuerza política de la que forma parte. Si bien esta auto-adscripción en el mapa político limita las posibilidades de formular una política autónoma, permite formar parte de la única fuerza de base obrera significativa de la época. La izquierda peronista considera a los trabajadores peronistas como el sector más consecuente en la lucha por la

“liberación nacional”. Ello obedece a su apoyo tenaz a los dos gobiernos peronistas -aún en los momentos donde el peronismo perdía aliados como la Iglesia, el ejército o los nacionalistas conservadores-, a su participación en la experiencia peronista -ahora revalorizada por la “situación revisionista” respecto al peronismo apuntada por Altamirano (2011: 83-85)- y a los atributos potenciales que la izquierda peronista proyecta sobre ellos. La postura de la izquierda peronista es, como sugiere Acha, radicalmente inmanente: por fuera del peronismo no hay lucha emancipadora posible.

Por otra parte, debemos considerar una tercera corriente en los años sesenta-setenta, el nacionalismo popular *stricto sensu*, cuyo mayor representante fue Arturo Jauretche. Diversos testimonios de la época muestran el acercamiento, los intercambios y las tensiones entre estas tres vertientes de pensamiento político. Tomemos por caso el relato de Norberto Galasso, quien se formó como historiador revisionista de izquierda bajo la estela de estas tres corrientes:

“Estos acontecimientos (refiere a los años 1961 y 1962) son comentados periódicamente, en los atardeceres de la liberaría denominada Mar Dulce, por tres hombres que desde diversas perspectivas comparten inquietudes nacionales: Arturo Jauretche, Juan José Hernández Arregui y Jorge Abelardo Ramos. El “vasco” fundador

de FORJA, apasionado, profundamente metido en la vida, recubierto su profundo sentimiento fraternal, por su gesto agresivo, voz ronca y cejas hirsutas, viejo caminador de los problemas argentinos, tantas veces silenciado y perseguido que ha tenido que armarse esa imagen de gaucho malo, de bárbaro incluso, escondiendo su vocación literaria, así como su gusto por las artes plásticas y la Historia, tomándole el pulso a cada instante a su patria, con ese fino olfato de los que ven las líneas largas del destino de los pueblos y sabe, con generosidad grandota de criollo, “que solo somos eslabones”. El colorado Ramos, brillante en la charla, disparando agudos dardos contra los monstruos sagrados, con esa inquietante presencia de “diablo” que le descubriera Ernesto Sábato, audaz, desaprensivo, “uno de los pocos marxistas con humor”, según dijera Jauretche, intelectual metido a costa de audacia en los andariveles políticos, creándose enemigos siempre en un arte donde el objetivo primordial es nuclear, capaz de gestar de la nada una editorial a fuerza de imaginación, como de desorganizar en cinco minutos un proyecto madurado largamente o “quemar” por una humorada, un promisorio trabajo político, denostador implacable de la “Década Infame” y de la izquierda cipya, víctima al fin de ambas en su picaresca y en la permanencia de los fantasmas de Stalin y Trotsky. Y el “profesor” Hernández Arregui,



temperamento severo, pensamiento riguroso, acorazado contra ese mundo que lo hostiliza con injusticias, sustentador de un estricto código ético, hosco y distante generalmente, ocultando, tras su imagen académica de hombre de letras, la pasión militante que nutre las páginas de sus libros y su confianza en un futuro de fraternidad universal." (Galasso, 2012: 136-137).

Testimonios de esta naturaleza nos llevan a pensar que la convergencia de representantes de estas tres corrientes –observable en conferencias, iniciativas editoriales conjuntas, en intercambios teórico-políticos, etcétera– configura una suerte de campo nacional-popular en los años sesenta-setenta.² La vigencia de este lugar común de pertenencia, no exento de tensiones internas, también se verifica si observamos el cruce entre nacionalismo y marxismo desde el recorrido de algunos referentes del nacionalismo y si analizamos el revisionismo histórico de izquierda que prolifera en la época (Devoto, 2004; Devoto-Pagano, 2010)

Los libros de Hernández Arregui se inscriben tanto en el acercamiento entre marxismo y nacionalismo popular que contribuye ideológicamente a la constitución de un peronismo de izquierda, como en el revisionismo histórico de los años sesenta.³ La bibliografía que reconstruye su itinerario ha puesto de relieve el punto de inflexión que significó el año 1955, ya que allí abandona la

actividad académica al ser cesanteado de sus cargos académicos y se vuelca a la lucha política (Galasso, 2010; 2012; Pedranzini, 2015). Pero para comprender su perspectiva teórica es necesario considerar su recorrido previo. Nuestro autor se radica en 1933 en Villa María, Córdoba, donde se liga al sabatinismo a través de vínculos familiares. Hacia 1938, se radica en Córdoba Capital, para comenzar sus estudios en el Departamento de Filosofía de la UNC. Allí traba relación con Mondolfo, quien se establece en la Argentina tras ser perseguido en su país de origen por el fascismo. Pareciera ser que la perspectiva de Hernández Arregui en relación al marxismo se relaciona con dos referencias claves. Por un lado, con Mondolfo, con quien dice compartir una lectura "humanista" de Marx. Por otro lado, con los trotskistas Esteban Rey (1915-2003) y Alfredo Terzaga (1920-1974), con quienes, se sabe, Hernández Arregui se relaciona en su paso por Córdoba (Galasso, 2012: 37-39).

2. b. El marxismo en Rodolfo Mondolfo

El recorrido académico de Mondolfo en la Argentina se ciñe a distintos departamentos de filosofía y a la difusión de sus investigaciones. Sus obras sobre filosofía antigua, cultura griega y filosofía moderna, fueron ampliamente leídas en la Argentina. Aquí analizaremos sus trabajos sobre el marxismo, atendiendo, como sugiere Gerardo Oviedo, que las diversas facetas de su



obra se ensamblan en una preocupación común: elaborar una antropología centrada en el concepto de voluntad (Oviedo, 2006). Por su parte, Hernández Arregui calificó a Mondolfo como su “venerado maestro” (Hernández Arregui, [1963] 2005: 13). Sin embargo, se sabe que Mondolfo fue un tenaz crítico del leninismo (de fuerte gravitación en Hernández Arregui) y de autores que consideraba ligadas a esta vertiente, como Antonio Gramsci (Mondolfo, [1912]1956: 383-413).

En su proyecto de brindar una “recta interpretación” del marxismo, Mondolfo critica el “determinismo económico”, que, a su criterio, tenía por antecedente los últimos trabajos de Federico Engels (Mondolfo, [1912] 1956). Este habría centrado el materialismo histórico en la problemática ontológica y caído, por momentos, en un uso “metafísico” del concepto de materia. De allí deriva una interpretación vulgar del marxismo, según la cual este procede a “invertir” la dialéctica hegeliana, sustituyendo el espíritu absoluto por “lo real”, es decir por la materia, en la naturaleza, y por la economía, en la historia. En esta perspectiva, la dialéctica sería un ritmo de desarrollo que se desenvuelve en las cosas, haciendo de estas el sujeto de la historia. En reacción a ello, Mondolfo propuso un retorno a la antropología juvenil de Marx, fundada en una extensa hermenéutica de sus tesis sobre Feuerbach (Mondolfo, [1909] 2006; 1955). Así

Mondolfo elabora una temprana distinción entre la orientación filosófico-antropológica atribuida a Marx -asignándole centralidad al problema del conocimiento y al problema moral- y el materialismo histórico codificado según determinadas formulaciones de Engels.⁴ La interpretación mondolfiana de Marx pretendía fundar una política socialista que asuma las potencialidades y límites que arroja la realidad, y sea capaz de formar una subjetividad ético-política tendiente a transformarla. En rededor de los debates sobre la revolución rusa, Mondolfo señalaba la necesidad de una “etapa capitalista” (que a su criterio no se encontraba desarrollada en Rusia), como condición necesaria para el socialismo (Mondolfo, 1968). A esta apreciación subyacía la tradicional tesis Marx-engelsiana de la burguesía como clase progresista en la historia. En esa clave, el desarrollo tecnológico-productivo, el pensamiento científico y el ideario democrático e igualitario, representan un conjunto de avances gestados por la burguesía, que el proletariado debía incorporar a una nueva sociedad y a una nueva visión del mundo. Para ello era necesaria la “preparación espiritual del proletariado”, fundamentada en el marxismo. De allí el estatuto intelectual que Mondolfo atribuye a esta tradición. El marxismo representa una última estación intelectual que supera a la entera tradición del pensamiento

occidental moderno, originado en el Renacimiento. En rigor, este principio de continuidad histórica postulado por Mondolfo y su conclusión última en el marxismo como corriente intelectual y en el socialismo como su expresión política, se retrotrae, al pensamiento griego. La historia para Mondolfo se encuentra signada por avances y retrocesos que, en última instancia, decantan el progreso humano. Un progreso que se encontraría negado en las sociedades de capitalismo avanzado.

Para Mondolfo una sociedad regida por la propiedad privada de los medios de producción y por el trabajo asalariado, enajena al hombre. Este se extraña de su condición humana. Ello supone un concepto de hombre en tanto ser social que realiza de modo cooperativo el trabajo destinado a satisfacer sus necesidades y que estudia racionalmente sus condiciones de existencia, en busca de su constante perfeccionamiento y de la consecución un ideal humano de libertad. Todas estas cualidades que el humanismo de Mondolfo atribuye al hombre, se encontrarían, a su criterio, enajenadas en la sociedad burguesa. Una de las manifestaciones principales de la enajenación moderna es la escisión entre sujeto y objeto. El comunismo crítico debía auspiciar la restitución de dicha unidad, de allí la centralidad del concepto de inversión de la praxis.

Según Mondolfo, el filósofo de procedencia hegeliana L. Feuerbach había encontrado en el fenómeno religioso la "hipóstasis" o "auto-alienación" (Mondolfo, [1909] 2006 1955). Ello importa que el hombre proyecta en su exterior la contradicción que experimenta en su interior entre realidad e idealidad, constituyendo un mundo supra-terrenal superior al de su existencia mundana. Marx habría percibido este fenómeno en toda aquella situación donde la humanidad se encuentra en "contradicción consigo misma". De este modo, la "inversión de la praxis" es la auto-conciencia de la contradicción experimentada en la interioridad del humano y el consiguiente trabajo destinado a superarla en el mundo exterior, de allí que teoría y praxis sean dos momentos del mismo proceso de actividad.⁵ La relación establecida entre la esfera interior del sujeto y la esfera exterior –entre sujeto y objeto– es dialéctica por definición. Es decir, tiene por origen un conflicto que sigue el ritmo de la "negación de la negación". Ahora bien, ley dialéctica para Mondolfo remite a la forma de la experiencia humana, al modo en el que se desenvuelve la relación sujeto-objeto, no a su contenido. De allí que el marxismo no pueda formular juicios de previsión fáctica:

"Ahora bien, considerar la dialéctica en función de la previsión fatalista de un acontecimiento dado, significaría entrar en el contenido específico del desarrollo

particular, transferir la ley del aspecto formal al aspecto material, convertir el ritmo en obstétrico del proceso. Mas este fatalismo dialéctico no corresponde a Marx ni a Engels, quienes, contra tal concepción introducen, en la visión de la historia, el voluntarismo con la concepción de la *unmwalzende Praxis* (praxis que se invierte). La inversión de la praxis aplica a la historia la dialéctica de la necesidad, cuya teoría fue formulada por Feuerbach; ello significa que la relación que hay entre las condiciones existentes y las aspiraciones y actividades humanas, es una relación de oposición por la cual el proceso histórico sale del esfuerzo de superación. Sin esta oposición el proceso histórico no podría cumplirse; donde falta la lucha, la historia muestra en blanco sus páginas.

Si por ejemplo, desde su condición de *Unmenschlichkeit*, el proletariado no alcanzase (como acontece alguna vez, por lo menos temporariamente) a la conciencia de la humanidad y a la voluntad de realizarla el proceso histórico –como Engels hubo de mostrarlo en *La condición de las clases trabajadoras*– permanecería paralizado en el pantano de la adaptación resignada y pasiva. En consecuencia, no basta la negación de la humanidad para prever la fatalidad de la negación ulterior, si no acude en su socorro la energía viva de la voluntad consciente que experimenta la necesidad de

la superación.” (Mondolfo [1912] 1956: 376-377).

Aquí pusimos de relieve aspectos significativos del marxismo en Mondolfo: su objeto de reflexión, su concepción de la historia, su concepto de alienación y de dialéctica. A continuación analizaremos aspectos similares en Hernández Arregui, despuntando una comparación entre ambos autores.

2. c. El marxismo en Hernández Arregui. Análisis y comparación con la perspectiva de Mondolfo.

Hernández Arregui presenta genéricamente al marxismo en clave anti-determinista. En ese sentido, apunta una coincidencia parcial con Mondolfo (Hernández Arregui, [1960] 2008: 176). De allí que defina al materialismo histórico como un humanismo, fundado en la crítica de la alienación en la sociedad capitalista. Así, el pensamiento marx-engelsiano reivindicado por Hernández Arregui, buscaría que el sujeto humano reconquiste “para sí” las potencias del mundo material que ha creado y que se le presentan como extrañas a su dominio y voluntad. El proletariado ha modificado la realidad material vía el trabajo colectivo, pero su conciencia no accede a la naturaleza y el ritmo en el que tal

proceso se desarrolla, sino que mantiene una representación falaz del mismo.

Sin embargo, la dialéctica en Hernández Arregui se estructura sobre una polaridad diferente a la de Mondolfo. Ya vimos que en el filósofo italiano el momento de negación era postulado genéricamente, y refería al enfrentamiento entre proletariado y burguesía. De este modo, el materialismo histórico contenía el principio de continuidad histórica. En cambio, en Hernández Arregui el principio de conflicto –sobre el que reposa la lógica dialéctica– refiere a las sociedades latinoamericanas:

“La enseñanza de la historia encubre los intereses de la clase vencedora expuestos como valores eternos de la nación. Esto es particularmente cierto en los países coloniales. Sarmiento será para la oligarquía ganadera un arquetipo, pues su concepto de “barbarie” implica la negación de las masas en la historia. A la inversa, si la clase trabajadora pudiese elevarse súbitamente a la conciencia histórica, designaría en Sarmiento un enemigo, y en los caudillos, el antecedente necesario de su propia lucha como clase nacional.” (Hernández Arregui [1963] 2005: 22).

De allí que en Hernández Arregui, el momento de negación implica una liquidación del pasado, materializado en la clase dominante argentina:

“Con esta clase ganadera, que usufructúa promiscuamente el poder en la Argentina, sin bases históricas objetivas, no hay pacificación posible.”
(Hernández Arregui, [1969] 2011: 224).

El principio de continuidad histórica no opera sobre la sociedad burguesa en su conjunto, al modo mondolfiano, sino que tiene validez solo para el sujeto que transforma la historia. Este está conformado por un conjunto de clases sociales y de identidades culturales. Es decir, para Hernández Arregui la realidad nacional y latinoamericana se estructura sobre una polaridad constituida por un bloque nacional-popular y otro oligárquico-imperialista. De este modo, el principio de conflicto se relaciona tanto con los intereses socio-económicos, como con la pertenencia cultural. De ese modo articula materialismo histórico con nacionalismo popular. Esta relación tiene implicancias significativas en relación al concepto de hombre sobre el que opera el discurso de Hernández Arregui. Este ya no se presenta como un ser social universal, al modo mondolfiano, sino que asume una doble determinación. Para Hernández Arregui el hombre es ser social y ser nacional. Desde el materialismo histórico, la cualidad social-laboral es una de las determinaciones esenciales del hombre, y, desde el nacionalismo popular, la cualidad cultural es otra determinación esencial del hombre. El

autor pareciera no buscar subordinar una determinación a la otra.

Ahora bien, a criterio de Hernández Arregui, la revisión de la historia revela que la cualidad esencial de portar una "cultura nacional" corresponde a determinadas clases sociales y no a otras. Son las masas populares latinoamericanas son las portadoras de una "cultura hispanoamericana", que hunde sus raíces en el período colonial. En el proceso de independencia y posterior división en estados nacionales de la América hispánica, esta cultura nacional fue negada por las clases dominantes en convivencia con el imperialismo anglosajón. El panorama se complejiza más en el segundo tramo del siglo XIX, cuando la inmigración ultramarina incorpore prácticas culturales extrañas a la cultura vernácula. Para Hernández Arregui la inmigración ultramarina deviene, tras el proceso de estructuración de clases sociales, en una clase media extrañada de la realidad nacional, tanto cultural como políticamente. En base a las tesis apuntadas, el autor orienta la reflexión sobre la alienación hacia la crítica cultural y política de las clases medias, temáticamente ampliamente trabajada en el ensayismo de la época:

"(...) aquí se reiteran algunos conceptos desarrollados en esos libros anteriores. Sin embargo, en todos los casos se ha tratado de mostrar nuevos aspectos y, en suma, ahondar en los mismos. Para los que no

conocen esos libros, esto quizá sea ventajoso, pues se evitarán leerlos. Me refiero especialmente a los problemas de la "intelligentzia", de las clases medias colonizadas y de la alienación cultural, teoría hegeliana-marxista, esta última de la que se oye hablar con tanta frecuencia como pedantería, pero que nunca se ha aplicado correctamente a una realidad colonial. En tal sentido, creo haber sido el primero que lo ha hecho en mi libro *Imperialismo y cultura*, con la originalidad de que los titulados "marxistas" no entendieron nada. Lo cual prueba que el tal "marxismo" en la Argentina no era más que una de las formas de esa alienación cultural del coloniaje." (Hernández Arregui, (1963) 2005: 14).

Para Hernández Arregui, el capitalismo de posguerra se encontraba en crisis y ello tenía un correlato específico en países como la Argentina. Desde su perspectiva, la Argentina moderna había constituido un sistema de instituciones culturales -Universidad, grandes medios de comunicación, círculos y publicaciones de prestigio, entre otras - ajenas a las tradiciones nacionales y populares. La dependencia económica se ligaba a una dependencia cultural, ya que existía una relación orgánica entre la economía agroexportadora subordinada al mercado mundial y la identificación por parte de nuestras élites y clases medias con la cultura anglosajona y francesa.

Pero el periodo de crisis de los años sesenta arrojaba una serie de determinaciones. La clase media de extracción universitaria encontraba dificultades de diversa índole a la hora de posicionarse en la estructura socio-económica y la liberación nacional demandaba una afirmación de las tradiciones hispano-americanas, es decir, una perspectiva de la cultura sustancialmente diferente a la de la "Argentina semicolonial". En ese marco general, el intelectual de la pequeña burguesía debía optar entre conservar sus vínculos con las instituciones culturales consagradas o plegarse a lucha política de masas que expresaba el peronismo. De este modo, la posición que el intelectual conquistó en las esferas culturales pasa a ser un lugar en la temporalidad nacional, en concreto, un status enclavado en el pasado histórico. De allí deriva, según el autor, la aversión de buena parte de los intelectuales a las fuerzas políticas mayoritarias:

"Lo que odian de las masas no es su plebeyismo, sino su ausencia de compromisos con el pasado que es, justamente, la cualidad que las hace específicamente históricas. Es decir, revolucionarias." (Hernández Arregui, [1957] 2005: 224).

El intelectual se encuentra en una especie de no lugar. La filosofía de la historia hernándezarreguiana no reconoce su identidad

específica en la sociedad y, a partir de ello, se prescribe a las nuevas generaciones de intelectuales una suerte de "ir hacia el pueblo" por mandato moral. En este desplazamiento, la actividad teórica pasa a representar una suerte de acicate de la lucha política que lleva adelante el peronismo:

"El dirigente sindical debe aprovechar, incluso, los conocimientos de individuos pertenecientes a otras clases, particularmente ideólogos de la clase media, que han llegado, despojándose de su propia conciencia de clase, a la comprensión de la cuestión obrera y nacional. Pero el proletariado no debe confiar en demasía. Lo exigible, en tales ideólogos, a veces sinceros, es que se plieguen al proletariado nacional, no sólo en los libros, sino en la práctica. Que es la piedra de toque de la honradez revolucionaria. Esto exige sacrificios." (Hernández Arregui, [1969] 2011: 227).

Desde estas coordenadas, la reflexión teórica sobre la política no puede darse una relativa autonomía con respecto a las exigencias inmediatas que impone la política. Ello se relaciona con una orden de expectativas asumido y pregonado por Hernández Arregui. A su criterio la radicalización del peronismo llevaría a una drástica transformación de las estructuras económicas, sociales y políticas, una experiencia capaz de absorber todas las energías sociales en un mismo plano. De esta visión inmediatista de la transformación social,

surgen tesis drásticas en relación al lugar que instituciones culturales como la Universidad puede ocupar, estas pierden legitimidad hasta tanto no sea consumada la liberación nacional.

Como observamos este apartado, las coincidencias entre Mondolfo y Hernández Arregui son escasas. En primer término, los autores parten de objetos de reflexión disímiles: la sociedad capitalista avanzada mirada desde una supuesta proyección universal en Mondolfo y la sociedad latinoamericana considerada desde su especificidad social y cultural en Hernández Arregui. Los autores también divergen en torno a su reflexión sobre el tiempo histórico. En Mondolfo el concepto de progreso se liga al de continuidad histórica. En esa dirección, la sociedad poscapitalista es una "superación" que integra en su interior –bajo una nueva forma– aspectos sustantivos del mundo burgués. En cambio, para Hernández Arregui el concepto de progreso se liga a una idea de "revolución nacional" y ello implicaba un cambio social drástico y una ruptura en la temporalidad histórica. A su vez, desde el punto de vista de la dialéctica marxista, Mondolfo procura justificar doctrinariamente la incompatibilidad entre esta y la formulación de juicios de previsión fáctica. De allí que el socialismo marxista debe orientarse a la preparación "espiritual" del proletariado en base a una condena ética del presente, más

que una prédica taxativa de medidas de transformación social. En cambio, en Hernández Arregui es clara la prescripción de una modificación drástica de la estructura social. A su modo de ver, la oligarquía argentina tenía que ser desarticulada en tanto clase social. La preparación espiritual de las masas se subordina a este hecho. Finalmente, si consideramos el registro de escritura de ambos autores, notamos que Mondolfo orienta su obra sobre el marxismo hacia el plano conceptual-doctrinario, mientras que en Hernández Arregui se produce un vuelco sobre la realidad histórica.

2. d. Análisis comparativo entre Hernández Arregui y la izquierda nacional en torno a la interpretación peronismo.

Como ya señalamos, existen dos criterios historiográficos encontrados en torno a la izquierda nacional. Por una parte, la definición de izquierda nacional "en sentido amplio", que contiene bajo la misma rúbrica a distintas expresiones teórico-políticas, incluyendo tanto a peronistas como a no peronistas. Por otra parte, la definición de la corriente en clave partidaria y de expresa identificación no peronista. Suele dar lugar al primer criterio la abundancia de tópicos trabajados en común por peronistas de izquierda y por referentes de la izquierda nacional partidaria. A su vez, alimenta esta definición laxa la imprecisión de

muchos de los adherentes de las nuevas izquierdas ligadas al nacionalismo popular y, más extensivamente, las ambigüedades que circulaban en el campo nacional-popular. En última instancia, tanto Ramos como Hernández Arregui se consideraban parte de un mismo campo político-ideológico y poseían adversarios en común. A su vez, ambos pregonaban que la Argentina requería una "revolución nacional" más que una "revolución socialista". Pero veamos como en rededor de la interpretación del peronismo, las discrepancias entre Hernández Arregui y los referentes de la izquierda nacional son sustantivas

Si consideramos la contradicción entre los dos boques de fuerza apuntados por Hernández Arregui, notamos que al interior de las fuerzas nacional-populares, se desarrolla cierta conciliación de intereses en virtud del antagonista común. Ello es relevante en tanto fracciones de la burguesía integran este bloque. Al moverse en esa dirección, el autor habla de una suspensión momentánea de la lucha de clases:

"La actual situación argentina es comparable a una guerra patriótica. Una guerra de este tipo concilia, superando transitoriamente a los antagonismos de clases y partidos, la unión del pueblo contra el conquistador extranjero." (Hernández Arregui, [1960] 2008: 346).

De este modo, el postulado anti-imperialista del nacionalismo popular predomina en su discurso, acotando la matriz analítica de la lucha de clases, ya que el conflicto opera solo entre los dos bloques de fuerza. Ello es determinante en relación a la interpretación del peronismo. Puede decirse que Hernández Arregui instrumentaliza el enfoque marxista a una parcela de la realidad.

La izquierda nacional, en cambio, hacía de la lucha de clases el principio explicativo central tanto de la "contradicción principal", como de los conflictos al interior de la articulación "nacional-popular". Para esta corriente el capitalismo argentino presentaba un escaso desarrollo, que la burguesía doméstica no podía modificar. Así surgió el peronismo como "movimiento nacional" –concepto tomado del corpus leninista-comunista- para sustituirla. Ello implica una forma de representación política donde el "interés histórico" se desacopla del agente social. Es decir, como la burguesía doméstica necesita de un capitalismo nacional, pero como no puede o no quiere desarrollarlo, se forma reactivamente un conglomerado de fuerzas que toma en sus manos esa tarea. En América Latina, en particular, los movimientos nacionales suelen estar conducidos por un sector de la pequeña burguesía -el Ejército- que, en alianza con las demás clases interesadas en la "revolución nacional", comienza el proceso de

transformación histórica. La distinción entre “burguesía industrial” o “nacional” y “movimiento nacional” resulta clave para la izquierda nacional a la hora de analizar la dinámica política durante el posperonismo. En su polémica con el historiador trotskista-morenista Milciades Peña, Ramos señala:

“La burguesía semicolonial se forma como un resultado directo de las crisis del sistema capitalista mundial. Está ligada desde su origen al capital extranjero, a sus mitos, ideas y a la reverencia a su gigantesco poder. Pero todo esto no impide que sus intereses se enfrenten frecuentemente con el imperialismo. Los intereses de la burguesía no se manifiestan a través de la burguesía misma, atada a sus preocupaciones cotidianas y a su odio de clase al proletariado nativo, mucho más agudo que su aversión al capital extranjero. Dichos intereses encuentran su expresión en los movimientos nacionales. Si bien es cierto poseen el contenido nacional burgués consiguiente, están compuestos de distintas clases sociales, entre ellas el proletariado y asumen frecuentemente en su lucha un carácter plebeyo que aterra a la propia burguesía nacional. Basta recordar la actitud de los industriales frente a Perón y recíprocamente para medir las relaciones entre la burguesía nacional y el movimiento nacional.

Esta distinción en apariencia terminológica está lejos de ser obvia. Los cipayos de hace veinte años veían en Perón a un “dictador fascista” y en el proletariado a un “lumpenproletariat”; hoy ya no es posible afirmar cosas semejantes. Por esa razón los cipayos de la revista “Fichas” y sus congéneres, prefieren enfilarse contra la “burguesía industrial”, para esconder su odio al movimiento nacional, que también incluye al proletariado.” (Ramos, 1964: 115-116).

En convergencia con el movimiento nacional - pero con independencia organizativa e ideológica- la izquierda nacional pretende ser la representación de los “intereses históricos” del proletariado. En esa dirección, busca disputar la jefatura del movimiento nacional y, desde allí, llevar a término la revolución nacional. La izquierda nacional consideraba que los movimientos nacionales de “jefatura burguesa” tendían a capitular ante el bloque de fuerzas oligárquico-imperialista, y ello sucedería ora por una radicalización del conflicto político -donde lo esperable era paso al bando enemigo de los sectores burgueses-, ora por una desertión en caso de que el movimiento nacional se desintegre y no pueda conservar el poder político. La condición teórica por la cual la izquierda nacional podría superar el estado de cosas vigente reside en su “condición obrera”. Ya que ello supone ser la portadora del socialismo -la ideología

“histórica” del proletariado- que tiene por claves el no respeto a la propiedad privada y la certeza por la cual la lucha nacional-democrática y socialista solo es posible en base a un enfrentamiento sin concesiones con el bloque oligárquico-imperialista. A su vez, El socialismo, en esta perspectiva, es un emergente de la revolución nacional-latinoamericana. Siguiendo la dinámica “permanentista” apuntada por Trotsky, las “tareas socialistas” se combinarían con las tareas “nacional-democráticas”. En esa dirección Spilimbergo señala:

“La generalización en la Argentina de la economía monetaria y del régimen salarial, así como el elevado índice de urbanización, confieren a su crisis una repercusión viva e inmediata y reserva al proletariado un papel decisivo en las próximas luchas por la liberación nacional. De este modo, el contenido histórico democrático-burgués de las tareas revolucionarias desbordará rápidamente en entrelazamiento con las tareas socialistas.” (Spilimbergo, 2010 (1964): 48).

Es decir, la lucha de clases se manifestaba, en primer término, entre los dos bloques de poder, el nacional/popular y el oligárquico/imperialista, pero simultáneamente al interior del bloque nacional/popular. En ese sentido, la “revolución nacional” sería la resolución, de ambas contradicciones.

Hernández Arregui coincide con la izquierda nacional al atribuir un desarrollo insuficiente al capitalismo argentino. Usando el marco categorial leninista, el autor sostiene que el peronismo fue positivo, en tanto “primera etapa” de revolución “democrático-burguesa”. Pero rechaza de plano la idea de una representación autónoma del proletariado. Hernández Arregui destaca que las ideas predominantes sobre las que se constituyó el peronismo resultaron adecuadas al momento histórico que atravesaba la “revolución nacional” (Hernández Arregui, [1972] 2011: 130). Si el nacionalismo popular en su versión peronista fue adecuado a la primera etapa de lucha –los dos primeros mandatos de Perón-, la etapa en curso reclama un mayor rigor en sus postulados y la incorporación de una perspectiva socialista, basada la gestión social de los medios de producción y la planificación centralizada de la economía. De allí que en su revista *Peronismo y socialismo*, Hernández Arregui oficie de hermeneuta de Perón, al publicar una entrevista al líder exiliado en Madrid, que como editor titula “No hay que asustarse por la palabra socialismo” (Hernández Arregui, [1973-1974] 2013: 33-34). Pareciera ser que por medio de la referida codificación etapista del curso de “revolución nacional” iniciado en los orígenes del peronismo (1943-1946), y sobre la apuesta deliberada por una radicalización del

peronismo y del mismo Perón, Hernández Arregui evita formular una reflexión específica tanto sobre las dificultades del peronismo para conservar el poder político en su segundo mandato, como en torno a sus limitaciones para re-articular una oposición eficaz durante los años sesenta-setenta. A contrapelo, tal como se desprende del apartado anterior, la izquierda nacional centró buena parte de su reflexión sobre el peronismo en sus "limitaciones" o "falencias" para realizar la revolución nacional que la Argentina requería.

3. Conclusiones

En este artículo buscamos examinar la obra de uno de los principales intelectuales de lo que descriptivamente denominamos campo nacional-popular de los años sesenta-setenta. Para ello, reconstruimos las coordenadas históricas en las que nuestro autor intervino. Desde allí accedimos al discurso hernándezarreguiano a partir de un análisis comparativo con dos referencias claves: Rodolfo Mondolfo y la izquierda nacional. Ello permitió mostrar diferencias sustantivas en ambos casos. En rededor de Mondolfo, notamos que Hernández Arregui emplea el marxismo de un modo radicalmente distinto. La mixtura con el nacionalismo popular y el uso del bagaje conceptual leninista parecen desmentir la tan mentada relación discipular. Esta parece ser una referencia de Hernández

Arregui sobre sí mismo, antes que una fuente teórica relevante para su obra. Por otra parte, al comparar a Hernández Arregui con los referentes de la izquierda nacional, pusimos en discusión la categoría de "izquierda nacional en sentido amplio". Ello justifica la caracterización de Hernández Arregui como ideólogo de la izquierda peronista.

4. Notas

¹ Por cuestión nacional referimos a un problema teórico clásico en la tradición marxista, particularmente significativo para el leninismo y para el conjunto de variantes que descienden de esta vertiente teórico-política. La cuestión nacional refiere a la relación existente entre la formación de los Estados-nacionales y la lucha de clases. Desde los aportes teóricos de Lenin, este problema se liga a la teoría del imperialismo como fase estructural del capitalismo (Lenin, [1914] 1972; [1916] 2012). Por su parte, León Trotsky en su exilio en México (1937-1940) estudió la cuestión nacional en relación a Latinoamérica (Trotsky, 2013). Puede decirse que su aporte al respecto resultó determinante para la izquierda nacional.

² No pretendemos utilizar la expresión "campo nacional-popular" en un sentido sociológico. La empleamos como una herramienta descriptiva para ubicarnos en la cartografía político-ideológica de los años sesenta-setenta. Con ella aglutinamos a un conjunto discernible de ensayistas y militantes representados por las tres corrientes señaladas: izquierda nacional, peronismo de izquierda y nacionalismo popular. Esta delimitación se observa en las representaciones de estos mismos actores, y se sintetiza en la expresión "línea nacional", como una

polaridad contraria a una línea "antinacional", "colonial" o "cipaya", constituida por las izquierdas tradiciones y buena parte de las fuerzas no peronistas.

³ Si relacionamos ambas dimensiones notamos su complementariedad, ya que para Hernández Arregui el saber histórico era formativo del sujeto político que se esperaba impulsara una transformación revolucionaria de la Argentina.

⁴ En El humanismo de Marx, Mondolfo reivindica la validez de la orientación general de sus primeros trabajos, destacando la originalidad de su interpretación humanista e historicista del corpus marx-engelsiano (Mondolfo, 1973). El autor señala que tanto Los manuscritos de 1844 de Marx, como la Ideología alemana de Marx y Engels, fueron publicados hacia 1932 por el "Instituto Marx-Engels", es decir cerca de veinte años después de sus primeros ensayos. A su criterio, esta ampliación del corpus marx-engelsiano corroboraría la orientación general de sus propios trabajos, y estudios posteriores como los de Erich Fromm mostrarían la difusión de su perspectiva. Sin aventurar una evaluación de la correspondencia entre pensamiento mondolfiano y el de Marx y Engels, se puede asentir con respecto a la originalidad de su intervención en el universo marxista de principios del siglo XX. Jürgen Habermas destaca que en el marxismo continental de la segunda posguerra, se desarrolla una tendencia orientada a informar filosóficamente al pensamiento marxiano en clave humanista. Al igual que en Mondolfo, esta parte de la crítica a la "ortodoxia" ligada a la URSS y a las versiones "cientificistas" del materialismo histórico, que tendrían por base las últimas elaboraciones de Engels y aspectos claves de la obra de Lenin (Habermas, 1987).

⁵ Según Marcela. Pogatschnig, en Mondolfo el marxismo deviene un idealismo especulativo (Pogatschnig, 2009: 35-56). Como señalamos, el

humanismo de polemiza con las versiones "objetivistas" del marxismo. Para Mondolfo, estas harían del sujeto humano un epifenómeno o "reflejo" de leyes que rigen la realidad socio-económica. Sin embargo, según Pogatschnig, Mondolfo deriva en un equívoco simétrico de signo opuesto: el subjetivismo. Es decir, Mondolfo realizaría una inversión que hace del objeto un reflejo o epifenómeno del sujeto. En rigor, el objeto pasa a representar una exteriorización de la potencialidad-interioridad postulada en el sujeto de manera abstracta. El cuerpo, la naturaleza y las relaciones sociales pasan a ser o condiciones externas para la existencia del sujeto y de la conciencia o condiciones interiorizadas por la actividad cognoscitiva del sujeto. En este segundo caso representan un objeto-limitación que niega la condición humana, en tanto deber-ser originado en la interioridad del sujeto. De allí que en la negación de la opresión social, se encuentra la afirmación de la humanidad. De este modo, para Mondolfo el proletariado sería la encarnación realista, en la moderna sociedad capitalista, de una voluntad ética trascendente de las condiciones históricas.

5. Bibliografía

Acha, Omar (2009) *Historia crítica de la historiografía argentina. Vol. 1: las izquierdas en el siglo XX*, Buenos Aires: Prometeo Libros.

Altamirano, Carlos (2007) *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires: Emecé.

Altamirano, Carlos (2013) *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Amadeo, Mario (1956) *Ayer, hoy y mañana*, Buenos Aires: Ediciones Gure.

Baschetti, Roberto (2012) *Documentos de la resistencia peronista 1955-1970*. Vol. I, La Plata: De La Campana.

Basualdo, Eduardo (2010) *Estudios de historia económica argentina: desde media-dos del siglo XX a la actualidad*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Cavarozzi, Marcelo (1997) *Autoritarismo y democracia (1955-1966). La transición del estado al mercado en la Argentina*, Buenos Aires: Ariel.

Devoto, Fernando. (2004) "Reflexiones en torno de la izquierda nacional y la historiografía argentina", en Devoto, Fernando y Pagano, Nora (eds.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires: Biblios.

Devoto, Fernando y Pagano, Nora (2010) *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires: Sudamericana.

Galasso, Norberto (1983) *La Izquierda Nacional y el FIP*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Galasso, Norberto (2007) *Aportes críticos a la historia de la izquierda argentina. Socialismo, peronismo e izquierda nacional (1961-2001). Tomo 2*, Buenos Aires: Nuevos Tiempos.

Galasso, Norberto (comp.) (2010) *Los hombres que reescribieron la historia*, Buenos Aires: Punto de Encuentro.

Galasso, Norberto (2012) *Hernández Arregui. Del peronismo al socialismo*, Buenos Aires: Colihue.

Gilman, Claudia (2003) *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Gordillo, Mónica (1999) "Movimientos sociales e identidades colectivas: repensando el ciclo de protesta obrera cordobés de 1969-1971", *Desarrollo Económico* V. 39, 385-408.

Habermas, Jürgen (1987) *Teoría y praxis. Estudios de filosofía social*, Madrid: Editorial Tecnos.

Hernández Arregui, Juan José ([1957] 2005) *Imperialismo y cultura*, 4ª ed., Buenos Aires: Peña Lillo-Ediciones Continente.

Hernández Arregui, Juan José ([1960] 2008) *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*, 5ª ed., Buenos Aires: Peña Lillo-Ediciones Continente.

Hernández Arregui, Juan José ([1963] 2005) *¿Qué es el ser nacional?*, 2ª ed., Buenos Aires: Peña Lillo-Ediciones Continente.

Hernández Arregui, Juan José ([1969] 2011) *Nacionalismo y liberación*, 3ª ed., Buenos Aires: Peña Lillo-Ediciones Continente.

Hernández Arregui, Juan José ([1972] 2011) *Peronismo y socialismo*, 2ª ed., Buenos Aires: Peña Lillo-Ediciones Continente.

Hernández Arregui, Juan José (Dir.) ([1973-1974] 2013) *Revista Peronismo y socialismo. Peronismo y liberación*, 2ª ed. Facsimilar, Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

Hilb, Claudia y Lutsky, Daniel (1984) *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (política y violencia)*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Lenin, Vladimir Ilich Uliánov. ([1914] 1972) "El derecho de las naciones a la autodeterminación", en Lenin, *Obras completas. Tomo XXI*, Buenos Aires: Cartago.

Lenin, Vladimir Ilich Uliánov ([1916] 2012) *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Buenos Aires: Libertador.

Mondolfo, Rodolfo ([1909] 2006) *Feuerbach y Marx: la dialéctica y el concepto marxista de la historia*, Buenos Aires: Claridad.

Mondolfo, Rodolfo ([1912] 1956) *El materialismo histórico en F. Engels y otros ensayos*, Buenos Aires: Editorial Raigal.

Mondolfo, Rodolfo (1955) *Espíritu revolucionario y conciencia histórica. Ensayos críticos de sociología e historia de las ideas*, Buenos Aires: Ediciones populares argentinas.

Mondolfo, Rodolfo (1968) *Bolchevismo y capitalismo de Estado*, Buenos Aires: Ediciones Libera.

Mondolfo, Rodolfo (1973) *El humanismo de Marx*, México: FCE.

O'donnell, Guillermo (1982) *El Estado Burocrático Autoritario*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano.

Oviedo, Gerardo (2006) "Rodolfo Mondolfo, humanista de izquierda", *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana* N° 23, 155-192.

Pedano, Gonzalo (2013) *La generación del Bicentenario: democracia o corporaciones*, Buenos Aires: Nuevos Tiempos.

Pedranzini, Maximiliano (comp.) (2015) *El pensamiento nacional. Ensayos*, Buenos Aires: Punto de Encuentro.

Pogatschnig, Marcela (2009) *El otro Mondolfo: un marxista humanista*, Buenos Aires: Biblios.

Ramos, Jorge Abelardo ([1957] 1970) *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. Las masas y las lanzas. Tomo 1*, Buenos Aires: Ediciones del Mar Dulce.

Ramos, Jorge Abelardo (1964) *La lucha por un partido revolucionario*, Buenos Aires: Ediciones Pampa y Cielo.

Ramos, Jorge Abelardo (1968) *Historia de la Nación Latinoamericana. Tomo 1*, Buenos Aires: Arturo Peña Lillo editor.

Sarlo, Beatriz (2007) *La batalla de las ideas*, Buenos Aires: Emecé.

Sigal, Silvia (1991) *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires: Puntosur editores.

Spilimbergo, Jorge Enea (1960) *Juan B. Justo o el socialismo cipayo*, Buenos Aires: Coyoacán.

Spilimbergo, Jorge Enea ([1964] 2010) *Clase obrera y poder. Tesis políticas del tercer congreso del Partido Socialista de la Izquierda Nacional*, Buenos Aires: Ediciones del Sur.

Spilimbergo, Jorge Enea (1968) *La cuestión nacional en Marx*, Buenos Aires: Coyoacán.

Spinelli, María Estela (2005) *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la "revolución libertadora"*, Buenos Aires: Biblios.

Strasser, Carlos (comp.) (1959) *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Buenos Aires: Palestra.

Tarcus, Horacio (1996) *El marxismo olvidado en la Argentina*, Buenos Aires: El cielo por asalto.

Terán, Oscar ([1991] 2013) *Nuestros años sesenta: la formación de una nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*, Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Tortti, María Cristina (2009) *El viejo partido socialista y los orígenes de la nueva izquierda*, Buenos Aires: Prometeo Libros.

Tortti, María Cristina (Dir.) y Chama, Mauricio y Celentano, Adrián (Co-Dir.) (2014) *Socialismo, peronismo y revolución*, Rosario: Prohistoria Ediciones.

Trotsky, León (2013) *Escritos Latinoamericanos en México: 1937-1940*, Buenos Aires: Ediciones IPS.